

Comentario al evangelio del viernes, 22 de mayo de 2020

Queridos hermanos:

¡Cuánto nos anima ver a hombres como San Pablo entregados a dar a conocer a Jesús! El camino de su conversión fue radical. Y el cambio total en su vida le llevó a convertirse de perseguidor de los cristianos a apóstol de Cristo llevando su nombre por los lugares más difíciles. Y su palabra resonó tanto en Atenas, el centro cultural más importante de la antigüedad, como en Roma, que era la capital del imperio romano.

En este peregrinar por distintas ciudades Pablo llegó a un puerto de mar muy famoso en Grecia, que se llamaba Corinto. Jesús mismo le hace entender que en la ciudad de Corinto tiene elegido un pueblo numeroso que le espera. Pero Jesús necesita de la voz de Pablo para tocar el corazón de tantas personas que le buscan, que le esperan, pero que no saben dónde está, porque nunca han oído hablar de Él. El imperio romano ya no será lo mismo desde que Pablo comenzó a anunciar el mensaje de Jesús en Corinto.

Hoy día evangelizar, dar a conocer la persona de Jesús, no ha pasado de moda ni es cosa de la antigüedad. Hoy hay una urgencia especial de dar a conocer el mensaje de Jesús. Los medios de comunicación se han multiplicado y están al alcance de todos. Las distancias entre las naciones y los continentes son más fáciles de recorrer. En todos los lugares del mundo hay que proclamar el mensaje de Jesús que nos enseña a llamar a Dios PADRE NUESTRO. Para Dios todos somos hijos suyos, a todos nos ama porque no hace diferencia de personas. A todos llama, a todos convida a formar parte de su familia. A esto nos invita hoy el Salmo: *“Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo; él nos escogió por heredad suya”*.

Es muy cierto que no cree quien quiere, sino aquel a quien le ha sido concedido. La fe es un don de Dios, que llega a nuestros corazones gracias al Espíritu Santo. Es una luz que nos hace -como a Pablo- caer del caballo de nuestra autosuficiencia. No cree quien quiere, sino aquel a quien le ha sido concedido. Por eso nuestro único recurso es orar con humildad, pedir la venida del Espíritu para nosotros y para los demás.

Jesús en el evangelio de hoy nos dice: «En verdad, en verdad os digo: vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría».

Y nos pone una comparación que todos podemos entender: “La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la

alegría de que al mundo le ha nacido un hombre”. No hay mayor felicidad para unos padres que el momento del nacimiento de sus hijos. Por eso Jesús insiste: “También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría”.

Estamos en el mes de mayo que se distingue de otros meses por esa tradición mariana tan arraigada en nuestra tradición católica. Ella, María la Madre de Jesús, nos acompaña también a nosotros sus discípulos. El Santo Padre Francisco ha escrito una oración a la Santísima Virgen para este mes de mayo en la que le dice: “*Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y hacer lo que Jesús nos diga. Él, que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo y cargó nuestros dolores para guiarnos a través de la cruz a la alegría de la resurrección. Amén.*”

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no desprecies nuestras súplicas en las necesidades, antes bien líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita”.

Vuestro hermano en la fe.

Carlos Latorre

carloslatorre@claretianos.es

Carlos Latorre, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org